



Emiliano Galende

La presencia de las llamadas drogas ilícitas y su consumo adictivo en la vida humana tiene dimensiones psicológicas, sociales, culturales e históricas. Para introducirnos en el análisis de las llamadas “adicciones” debemos explorar antes un tema que atraviesa, todo a lo largo de la historia de los humanos: una relación entre la utilización de diversas sustancias psicotrópicas para modificar los estados de conciencia, su relación con la sociedad y su vínculo de afinidad con las prácticas culturales, la construcción de significados y valores de la cultura que habitan quienes consumen estas sustancias. El deseo humano de afectar la conciencia ha estado, y está ahora quizás con más fuerza que nunca, en todas las sociedades y culturas, y atraviesa toda la historia humana. Existen dos ejes que parecen atravesar a lo largo de la historia de culturas y sociedades diferentes este recurso al consumo de distintos psicotrópicos: el primero es su utilización, que podríamos llamar “recreativa”, festiva, simbólica, en rituales colectivos (aún persiste en la actualidad, para diferentes festejos: casamientos, cumpleaños, navidad y año nuevo, etc.) y el uso adictivo que tiende a ser individual (por ejemplo; diversos estimulantes, las bebidas alcohólicas, el café, las anfetaminas, etc.). **Esto es que las mismas sustancias tienen diferentes usos, adictivos o festivos, euforizantes o depresores, lo cual nos dice que el problema de las adicciones no está centralmente**

en las sustancias sino en los consumidores y sus diferentes deseos y relación con los goces. El segundo eje común, que podemos llamar “psicotrópicos y remedios”, es que estas mismas sustancias tienen empleo en relación al goce psíquico y de allí, como es habitual en los humanos, lleva a la repetición adictiva de este goce, a la vez que son utilizadas en distintas afecciones del cuerpo (por ejemplo, el opio y su derivado la morfina para los dolores extremos, el láudano, la cocaína y sus derivados en la anestesia, el cannabis para diferentes malestares psíquicos y físicos, hasta el alcohol como desinfectante y sustancia central de bebidas alcohólicas de uso común, etc.).

Hasta la llegada de los psicotrópicos sintéticos que produce la industria farmacéutica, todas estas sustancias tienen origen vegetal: la cabeza de amapola origen del opio; el cáñamo origen del cánnabis; cocaína que, aun como clorhidrato actual, sigue originada en la planta de coca; el alcohol producto de la uva y los cereales; hongos psicodélicos, etc. Todavía se utilizan algunas plantas más antiguas: el láudano derivado del opio, la valeriana, el tilo, el café, el té, etc. Aceptemos entonces que todos estos psicotrópicos han estado y siguen estando en la vida humana, agregándose con fuerza en la actualidad los psicofármacos, versión industrial de psicotrópicos sintéticos. Obviamente los malestares de la existencia, psíquicos y físicos, son parte de la vida

humana, lo mismo que el anhelo o la ilusión de encontrar sustancias que puedan modificarlo o eliminarlo. Se trata tanto del deseo y la búsqueda de la felicidad como de atenuar el dolor psíquico, frente a los cuales desfallecen la razón y la conciencia. Si bien estos consumos son históricos como hemos dicho, y en general hubo siempre una utilización habitualmente colectiva y otra menor individual (salvo con el alcohol y las yerbas euforizantes), nunca había sido masiva la adicción a los psicotrópicos. Para hablar de la oleada que desde los años setenta del siglo pasado, y creciendo en la actualidad, de adicciones debemos entonces preguntarnos ¿cuáles son las razones de este giro hacia el consumo masivo y adictivo de las moléculas psicoactivas? con algunas diferencias, en todas las clases sociales, aun cuando de manera diferente, cuantitativa y del tipo de droga, hasta el más reciente ingreso de los sectores más pobres a este consumo adictivo.

Observemos que a partir de los años ochenta del siglo pasado dos industrias, y sus correspondientes mercados, se desarrollaron con una velocidad que sorprendió: la industria del entretenimiento y la industria de los psicotrópicos, legales (psicofármacos y alcohol) e ilegales. El primero, el entretenimiento, favorecido por nuevas tecnologías de la comunicación surgieron los videos, la televisión se volcó a una parte importante de programas de entretenimiento (en desmedro de su

función de transmitir información), las computadoras habilitaron a incluir programas de juego y videos de entretenimiento, luego los teléfonos móviles (llamados en Argentina celulares), que también incluyen multitud de juegos y programas de entretenimiento mezclados a veces con su utilización informativa y comunicacional. Sin darnos mucha cuenta nos encontramos con pantallas de publicidad y entretenimiento en cualquier sala de espera, para la consulta médica, en la estación de trenes, en los aeropuertos, en los bares, etc. Gran parte de los habitantes, especialmente de las grandes urbes, llevan adosados a su cuerpo estos aparatos, disponibles para toda emergencia, entre ellas la del aburrimiento o el vacío que supone para todos la situación de espera. Estas formas de entretenimiento no anulan la conciencia, pero logran desplazar sus contenidos, alejar las preocupaciones, inhibir la ansiedad y atenuar alguna angustia que pueda amenazarnos. Debemos aceptar que, voluntario o forzado, somos sujetos de este mercado, le debemos a él aliviar el peso de la razón y los obstáculos de la existencia.

Estos dos mercados funcionan y tienen una matriz económica semejante: un centro de administración donde se teje la organización (gerentes de áreas, proveedores, distribución, registro de clientes, difusión, redes de vendedores, etc.). Como ambos producen enormes ganancias, aun cuando uno (los psicotrópicos)

no es legal, deben organizar áreas financieras diferentes, pero sin duda se conoce que al final el dinero pasa, para los dos mercados, por bancos, entidades financieras privadas, refugios curiosamente llamados “paraísos fiscales”. El dinero del llamado “narcotráfico”, esto es del mercado ilegal de estupefacientes, sin duda forma parte de la economía mundial

Los psicotrópicos no resultan del todo ajenos a la función del entretenimiento. Se dirigen a la producción de un goce que, repito, siempre busca su repetición compulsiva, que justamente también atenúa la conciencia, calma la ansiedad, aleja la angustia y hace soportable el vacío de la existencia personal. No es la droga la que produce aislamiento social, aun cuando sin duda el consumo implica aislamiento, pero es justamente la soledad social, el vacío sentido de la existencia, la falta de otros para lograr el goce, en general todo sumado (soledad, fracasos, obstáculos, pobreza, resentimiento, incertidumbre sobre la vida propia y el destino personal, etc.) lo que lleva al consumo de psicotrópicos, legales e ilegales. La frase del tango alude justamente a esto: ante el fracaso del amor “me mamo bien mamo”. Una persona que ha recurrido a la adicción es básicamente una persona vulnerable.

La palabra vulnerabilidad tiene un uso amplio y múltiple: califica a personas, a sociedades, a la economía y, también, a los países. Siempre se trata de una relación

entre la situación de una persona o un grupo social entre sus capacidades y recursos para sobrevivir, resistir, enfrentar la adversidad, cuando la vida o la subsistencia están amenazadas o en riesgo. La palabra opuesta es seguridad: psíquica, cuando se cuenta con capacidades y recursos para enfrentar los riesgos y obstáculos que amenazan la vida. Creo que es observable que la seguridad de los más ricos está dada por el patrimonio y las “fuerzas de seguridad”, mientras que la seguridad de los pobres está dada por la solidaridad de sus comunidades. ¿Qué aporta seguridad a la vida de las personas y las comunidades? En primer lugar la certeza de contar con alimentación, vivienda, salud, sostén de la vida biológica; en segundo lugar, contar con la solidaridad, la familia, los amigos, la pareja, aquello que habilita el goce en la vida en común. Es decir, lo contrario de la pobreza y el aislamiento social. **La pobreza, el aislamiento y la exclusión social son las amenazas mayores a la seguridad de la vida.**

El individualismo que promoviera Locke en el Siglo XVIII, y que fue dominante en las culturas sajonas, sostenía como libertad la autonomía de cada individuo de las determinaciones que imponían los otros y el Estado para la vida en común. Un individuo que podía mantenerse autónomo y libre, desarrollándose en el conjunto de sus relaciones sociales. Ese sujeto hace tiempo ha dejado de existir. No debemos confundirlo con el sujeto

del neoliberalismo actual. El sujeto kantiano, aquel con sus facultades de pensar, sentir y juzgar, con el dominio de la razón, la sensibilidad que lo liga a sus semejantes y la capacidad de valorar y juzgar dentro de una ética social, también ha dejado de existir. Los sujetos que vivimos la modernidad hemos convivido justamente con estos sujetos, liberales o racionales. Confiábamos en los otros para el entendimiento y la verdad en nuestras relaciones. El individualismo actual de la cultura neoliberal es un sujeto nuevo, que repudia el nosotros para afirmar su yo narcisista, sin compromiso con los otros (aun en sus relaciones de intimidad), sin mandatos morales ni obligaciones éticas con sus semejantes, cuya moral no se rige por el entendimiento racional ni por la verdad de su palabra. Cabe recordar que la pasión capitalista está gobernada por la ambición, que no es condenable salvo por sus consecuencias para la vida social. Este es el sujeto que con frecuencia acude a los psicotrópicos para atenuar su soledad afectiva y emocional, aplacar el malestar de no contar con el resguardo de la intimidad, en la pareja o la amistad, y que cree que la solidaridad es sólo un tema de los obreros.

Creo que es en este nuevo contexto social y cultural, construido por el neoliberalismo y su tan mentada política de mercado, donde no existe otro desarrollo humano que no sea el económico, permanentemente en crisis, obligando a vivir en la incertidumbre y la

amenaza de los riesgos. Claro que “no todo está perdido”, todo vínculo humano requiere del amor, la ternura de la intimidad, la confianza y el cuidado hacia nuestros semejantes. Esta es la seguridad psíquica real, que aporta certidumbre a la vida y permite contar con un destino, un futuro, construido en solidaridad y compañía afectiva. Esto está menguado por el mercado neoliberal, pero no abolido, sigue siendo parte de la lucha constante por la igualdad, la solidaridad, la integración social y comunitaria. He tratado de mostrar el vínculo intrínseco entre la adicción, el goce buscado en la droga y la vivencia de vacío en nuestra sociedad actual. El vacío de la pobreza, la incertidumbre del futuro y el destino personal, al igual que el vacío existencial de no contar con los otros, la soledad, y el aislamiento de quienes han renunciado al compromiso social y a la intimidad y confianza. Vacío que no se llena con el poder o el dinero. Las políticas represivas sobre el consumo de drogas calificadas de ilegales está construyendo un nuevo sujeto estigmatizado y excluido social: el adicto. Como ya ocurrió con los enfermos mentales, se le agrega la calificación de peligrosidad social y se lo vincula al delito. Como en ambos se propone el encierro institucional como solución o cura.

Si de verdad nos proponemos acudir al cuidado y recuperación de estos llamados adictos, debemos tener consciencia que se trata de reconstruir una vida y una

seguridad psíquica perdida, que rehabilitar es reconstruir con ellos un futuro posible, que garantice el deseo de un destino personal, que permita una integración con los otros de su comunidad, un sujeto que sea capaz de fraternidad y sea capaz de construir solidaridad. Es obvio y ya conocido en la experiencia de los manicomios, que la internación y el aislamiento no son el camino. Se necesita de dispositivos de rehabilitación social, como son las denominadas “casas de rehabilitación”, que integren a estas personas en actividades comunes con los otros, ya que no se logra integración social en el gabinete de un profesional sino en la participación colectiva, donde la interacción y las actividades del conjunto fortalecen la confianza, la solidaridad y la construcción de proyectos de vida. El desafío del cuidado no se reduce a lograr abandonar la droga, el desafío es construir con el adicto una vida posible y una certeza de ser capaz de asumir un destino integrado a la sociedad. **Como final repito: no es la droga lo que produce el aislamiento, es el aislamiento social lo que lleva al sujeto a la droga.**

Emiliano Galende
Julio 2022

